Alvaro Jara, Premio Nacional de Historia

La obsesión científica de los archivos

Erick Pohlhammer

Conversar con este historiador de santa paciencia, por algunas horas, deja en el alma un registro memorable. Sorprende su buen ánimo, sazonado con agudeza y picardía. Se manifiesta reacio a hablar sobre política, y asimismo a pronunciar adjetivos ácidos sobre el pasado de Chile. Una brillante tesis suya se transformó en un libro clave para la interpretación de nuestra historia: *Guerra y sociedad*. En tres oportunidades había postulado al Premio Nacional. Consultado sobre la causa de su otorgamiento, se le desliza el contenido de una confesión contingente: "Hay milagros que sólo se dan en libertad y democracia". La alta estimación nacional e internacional que se ha ganado es debida a que se informa en la fuente "irredargüible" de los hechos: los archivos. En ellos estudia, analiza, registra, computa, balancea –como un acucioso contador– los censos, los impuestos, el salario de los indios en la era colonial. Su libro *Trabajo y salario indígena en el siglo XVI* semeja un microscopio, donde tras la lupa de sus datos se transparenta diáfana toda una época a través de su economía de pequeño y gran detalle. Becado en París, tuvo la fortuna de ser discípulo del historiador contemporáneo más importante: Fernand Braudel. Fue el año clave de su vida, pues allí, en la Escuela Práctica de Altos Estudios, VI Sección de Ciencias Sociales y Económicas, ahí sí se podía aprender el oficio de historiador.

–Usted es un pionero en la investigación de la historia económica, creador de métodos nuevos de trabajo. ¿Cuál ha sido su aporte mayor en este terreno?

–Cuando yo era estudiante, y aun ahora, las tendencias modernas no eran del interés de mis profesores. Me vi obligado a descubrir el mundo del trabajo histórico por mi propia cuenta. Yo me di cuenta de que sin ir a las fuentes primarias y directas, hacer historia era hacer historieta; sin las fuentes primarias no se podía crear, realmente, una verdadera historia.

–Esas fuentes son los archivos. ¿Pero los archivos del siglo XVI no son muy difíciles de leer por el problema de la grafía?

–Durante ese período me entrené, sin más ayuda que la paciencia, para dominar la paleografía; de este modo logré leer las letras de los siglos XVI y XVII sin mayores dificultades.

–Es sabido que en los cursos en la Escuela de Altos Estudios de París, su maestro Fernand Braudel, lo llamaba El Disidente, ¿por qué?

–Yo siempre discutía. El notable Braudel me llamaba El Historiador Según Su Corazón. La historia es siempre un combate. En un seminario, con Jean Meuret, sobre historia de los precios, tuve una curiosa experiencia. Explicaba él que durante el siglo XVI los precios subían en una curva ascedente en todo el mundo. Con la modestia que debía tener allí un desconocido sudamericano, le pregunté qué significaba esa expresión "todo el mundo". "Pues, todo el mundo", me contestó insistí si le parecería que Chile estaba incluido en esa expresión "todo el mundo". Su respuesta fue afirmativa. Con mis excusas, le dije que estaba equivocado, que durante la segunda mitad del siglo XVI, en Chile el ganado de origen europeo bajaba 15 veces su valor, lo que es muy explicable en una economía de fundación.

–Es decir, el europeo estaba mal informado...

–Sí, por nuestra culpa. La falta era de nosotros, los historiadores latinoamericanos, que no hemos trabajado lo suficiente para proporcionar la información sobre la historia económica de nuestros países a los historiadores que abordan los problemas en un nivel más general. En la medida en que no disponen de ella, nuestras particularidades son simplemente borradas, no vistas e ignoradas. Pienso que es nuestra responsabilidad trabajar sobre el pasado en América Latina. No podemos esperar que sean otros de afuera los que tomen esa responsabilidad nuestra.

–Prácticamente, ¿para qué sirve el historiador? ¿O usted estudia por puro deleite personal?

–Las dos cosas, por el placer de crear y también porque sin el conocimiento del pasado no puede haber una exacta comprensión del presente.

–Sin embargo, algunos historiadores dirían que eso que usted dice es una "construcción intelectual", pues la historia es un caos, se mueve sin sentido, por azares e intereses. ¿Qué piensa usted?

–(Demora veinte segundos). Es difícil su pregunta... no soy filósofo...

–Pero, como persona, tendrá algunas opiniones sobre hechos reales que ocurren ahora. Por ejemplo: los sacerdotes chilenos están indignados con algunos brotes de destape que ha habido en Santiago ahora último, el destape clásico de los períodos transitorios post ciclos autoritarios; en cambio los amantes del arte porno dicen que retoman una arte ancestral que viene de los griegos, de Safo (la lesbiana erótica que andaba desnuda en las ramas de los árboles), de los himnos eróticos. ¿Qué piensa del destape, don Alvaro?

–Yo no soy un mojigato ni mucho menos, pero pienso que la antigua pureza de la eroticidad se ha perdido. El destape es una desviación, como tantas otras.

–¿Cómo el fútbol por ejemplo? ¿Es usted el tipo de personas que estima que el fútbol es el opio del pueblo?

–Le contestaré con una anécdota. En realidad casi toda mis anécdotas son

Inés Paulino

con taxis; porque como soy un peatón profesional y además superdaltónico y a esta edad subirme a una locomoción es perjudicial, entonces tomo taxis frecuentemente y en una ocasión un taxista me dice: "¿Qué piensa de Fabiani?". "¿Quién es?". El taxista me responde: "Un jugador". "¿Jugador de qué?". "De fútbol, pues señor". "Disculpe, pero no pienso nada sobre Fabiani". Pero a continuación mi venganza: dejé pasar dos cuadras y le pregunto yo al taxista: "¿Qué piensa usted sobre Joaquín Luco?. "¿De qué equipo es?", me dice. "No", le digo, el Premio Nacional de Ciencias". El taxista se encoge, y yo con toda la crueldad que podía tener con respecto al fútbol, me burlo y le digo: "¡No ve pues, hombre, si en este país a la gente se le conoce más por los pies que por la cabeza!".

–Usted, en todo caso se dio a conocer más masivamente con un libro sobre un fotógrafo...

–Curiosamente sí. En el semestre de otoño 1964-1965 me invitó la Universidad de California, Berkeley, para dar un seminario allí. Solía ir a trabajar a la Bracroft University. Un empleado siempre me preguntaba si conocía la colección de fotografías que había sobre Chile. Como yo trabajaba sobre historia general, no manifestaba mucho interés sobre esas fotografías. Un día, ya un poco molesto por mi indiferencia, llegó hasta mi mesa de trabajo y depositó en ella un gran paquete envuelto en papel: era un centenar de fotografías de Chile, todas de la decáda 1860 El autor de las fotografías era William L. Oliver, hijo de ingleses nacido en Valparaíso, después establecido en California. Años después se convirtieron en el libro *Chile en 1860. William Oliver, un precursor de la fotografía.* En Chile fue un éxito en librerías y me hizo más conocido que veinte años de serio trabajo científico en el campo de la historia.

–Una última pregunta, historiador: ¿No se le queman los ojos con tanto descifrar archivos?

–Veo tan bien que podría pasar tres noches seguidas descubriendo América en mi biblioteca, y atando los hilos que desde la Colonia mueven el volantín de la historia moderna de Latinoamérica. •